

Otro Relato Cálido Sobre Ivan

Por Daniel Hachur

Corría el año 2004. Era primavera, pero no recuerdo exactamente la fecha. Iván quería visitarnos en casa y nosotros deseábamos que Iván nos visite. Su salud ya estaba muy deteriorada a causa del mal de Parkinson que padecía hacía tiempo, pero eso, para Iván, no era excusa para dejar de ir de aquí para allá. Junto con Gloria y un hermano que lo asistía cuidándolo y manejando su Peugeot 505 de color bordó, finalmente llegaron aquel medio día para almorzar.

Cuando Iván ingresó a casa se produjo una situación muy risueña. Iván caminaba con mucha dificultad dando pasos muy cortitos y al momento de atravesar la puerta de entrada se quedó parado allí, tieso, inmóvil, duro. Nadie podía avanzar ni retroceder. Al unísono tratamos de animarlo para que continuase la marcha. Soltamos algunas carcajadas por esa situación casi ridícula cuando Iván nos dijo: "Ustedes ríanse todo lo que quieran pero mis piernas no responden las órdenes que yo les estoy dando". Iván estaba muy lúcido mental y espiritualmente, aunque su cuerpo no le respondiese.

Para mi esposa Marta y para mí, los días previos a esa visita fueron días de luchas y dudas. Por circunstancias pasajeras y temporales, mi situación laboral en ese momento no era de las mejores. Los ingresos de dinero eran muy escasos, y por aquel entonces nos arreglábamos "como podíamos". Esto significaba que cuando Iván, Gloria y el hermano que ayudaba vinieran a almorzar, no podríamos recibirlos con la mejor comida que mi esposa está acostumbrada a preparar. Hicimos los cálculos y llegamos a la conclusión de que, quizás, lo mejor sería postergar ese encuentro. Es que, de acuerdo al día del mes y en función del dinero del que disponíamos, para ese almuerzo teníamos que invertir el 100 % de los recursos, quedándonos, literalmente sin un solo peso durante 5 días, momento en el cual volveríamos a registrar un ingreso de dinero. Después de meditarlo mucho, finalmente, decidimos no postergar el encuentro y preparamos la mejor comida que estábamos en condiciones de preparar, incluidas unas pizzas que son la especialidad de la casa. Invertimos el 100 % de nuestros recursos en ese almuerzo y nos quedamos sin un solo peso en el bolsillo.

La llegada de Ivan y Gloria a casa fue muy festejada por toda la familia porque hacía mucho tiempo que no nos visitaban y realmente deseábamos pasar esas horas de comunión en familia ellos. Las horas transcurrieron y la alegría de estar juntos era muy grande. Ivan disfrutaba de las pizzas y toda la familia recuerda que se las "devoraba" gustosamente, una porción tras otra. Luego del postre, el café y la extensa charla de sobremesa, pasamos al living donde tenemos nuestro piano.

Allí comenzó la alabanza al Señor. Piano, violín, guitarra y flauta traversa eran los instrumentos. Las voces de todos nosotros era el coro, e Ivan aplaudía y se gozaba a pesar de que en muchos momentos agachaba la cabeza y se quedaba dormido producto de la medicación que tomaba para contrarrestar los efectos de su enfermedad. Fue un encuentro sencillo, lleno de la presencia del Señor Jesús. Mi percepción de Ivan fue la de un hombre que estaba agradecido por haber sido recibido por una familia común, en un momento tan difícil de sobrellevar debido a lo avanzado de su enfermedad y a la limitación de sus

posibilidades para expresarse: hablar, cantar y comunicar algún don espiritual. De nuestra parte, haberlo recibido en casa era todo un honor.

Después de varias horas de estar juntos llegó la hora de despedirse. Salimos todos a la calle a saludar a nuestros invitados. Gloria subió al auto, el chofer lo puso en marcha y por último Iván se me acercó y nos dimos un último abrazo. Pero este último abrazo vino acompañado de algunos billetes que Iván introdujo sutilmente en mi bolsillo. Esa actitud me tomó de sorpresa; lo miré y le dije: "Iván, esto no es necesario". Iván me miró y me dijo: "Gracias", se dio media vuelta y subió al auto. Me quedé mirando su partida enmudecido y con algunas lágrimas en los ojos.